

**EL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO:  
BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA**

RAFAEL SEGOVIA  
LORENZO MEYER

TRES CONSIDERACIONES han guiado la confección de esta bibliografía: primero, limitarla exclusivamente a las obras que pueden asimilarse aunque sea de manera parcial a la ciencia política, o esa, que ofrezcan un mínimo de investigación empírica, pese a que en muchos casos domina abiertamente la parte interpretativa; segundo, no acudir a ningún libro anterior al de Howard F. Cline (1963), el cual marcó un nuevo tipo de estudios sobre el sistema político mexicano; tercero, sólo incluir aquellas donde se estudia el sistema político contemporáneo —posterior a 1940. Se han buscado los libros más asequibles para quienes no son especialistas del tema, evitando los artículos publicados en revistas especializadas, de difícil acceso para el público general. O sea, que si esta lista de libros está destinada al público más amplio posible, se dan de todos modos ciertas restricciones, como el ser gran parte de estas publicaciones norteamericanas, escritas en inglés por profesores e investigadores yanquis. Cuando existe una versión en español se indica entre paréntesis.

En 1963 aparece *México, Revolution to Evolution, 1940-1960* de Howard F. Cline. Este libro va a probar la validez del desarrollismo, idea dominante del momento. Todas las estructuras y procesos parecen ser diseñados para lograr el más alto crecimiento de la economía y, todos los factores que influyen sobre ésta Cline los considera articulados de la manera más armónica. Las mezclas raciales, la originalidad cultural y política, la relación especial que media entre el poder político y los grupos de interés privados son piezas que se embonan perfectamente para permitir la marcha ascendente del país. De hecho se trasluce una apología del modelo de desarrollo alemánista y una insistencia sobre las condiciones para que se den unas relaciones casi perfectas entre México y los Estados Unidos. En este libro se inicia también la moda de comparar a las revoluciones mexicana y cubana (el término de comparación anterior era la boliviana, que ya se había venido abajo), para atacar a la segunda desde un punto de vista en principio "científico". Ese mismo año, se imprime *The Political Economy of Mexico* con los trabajos de William P. Wlade y Charles W. Anderson, de los cuales sólo el primero interesa a nuestros propósitos: "Revolution and Economic Development: A Mexican Reprise". Situado el autor en la línea optimista de Cline, su estudio se centra en la "expansión económica autogenerada", que sólo se explica por los cambios introducidos por la revolución —reforma agraria, un

nuevo sistema bancario, un Estado activo en materia económica y un sistema político estable— que acaba con un México semifeudal e introduce un México moderno, “de mexicanos para mexicanos”, donde aparecen además de nuevas instituciones un nuevo tipo de mentalidad, acompañado todo esto por una distribución casi óptima de los recursos, de manera tal que “nadie pierde y todos ganan”.

La primera nota discordante la da también ese mismo año Raymond Vernon en *The Dilemma of Mexico's Development* (hay traducción española). La necesidad histórica de la intervención estatal en la economía que aparece ya en la época de Juárez y va a manifestarse después de la Revolución bajo la forma de una economía mixta, empieza a mostrar las primeras señales de cansancio, que repercuten en el sistema político: divisiones dentro del sector público, certeramente expuestas en el análisis de las ideologías de los técnicos y de los políticos —términos que si ya existen Vernon consagra—, conflictos de intereses en el sector privado entre empresarios nacionalistas (CNIT) y partidarios de la asociación con el capital internacional (CONCANACO y CONCAMIN), le hacen pensar a Vernon en la necesidad de crear un sistema político menos rígido, con mayor capacidad para solucionar los problemas que en 1963 empezaban a aflorar. Encabalgado entre el mundo académico y el de los negocios Frank Brandenburg va a lanzar una mirada menos “científica” pero en ocasiones más aguda sobre el sistema político mexicano en *The Making of Modern Mexico*, obra que se anunciaba en las librerías del D. F. como “un libro contra México”, cuando apareció en 1964. Más interesado en lo que hace al análisis de las estructuras políticas que Cline, Glade y Vernon, la obra de Brandenburg carece a veces de equilibrio interno; por ejemplo, en la fuerza desmesurada atribuida a los grupos masonicos o al Partido Comunista, esto último resultado de su mentalidad rezagada de guerra fría. Su mérito innegable es haber puesto por primera vez a la luz tanto los límites todavía imprecisos de los grupos de presión financieros más importantes de México y su relación con el gobierno a través de las fracciones del partido revolucionario, así como la presencia de la corrupción. El sistema se integra a través de una serie de círculos concéntricos, de menor participación en las decisiones políticas cuanto más alejados se encuentran del centro. Sin caer en el optimismo todavía de rigor en aquellos años, justifica las desviaciones que el mundo político de México tiene del modelo democrático occidental por la eficacia del autoritarismo desarrollista en un país en plena transformación.

El primer estudio llevado a cabo por un politólogo es *Mexican Government in Transition* (1964) de Robert E. Scott. Insertado en un marco teórico donde las principales componentes son los grupos de presión y de interés, su análisis quizás peca de formalismo al pensar que las decisiones políticas se toman dentro del partido y son resultado de las presiones, a veces encontradas pero casi siempre equilibradas, de los tres sectores que lo componen. Debe destacarse la atención prestada por Scott al estudio de las culturas políticas dominantes de México y su relación con la acti-

vidad ciudadana —o ausencia de actividad. Su convencimiento de la transitoriedad del sistema por el pluralismo social y político resultado del desarrollo económico, y la necesaria marcha del autoritarismo hacia la democracia plural y participativa, no debe esconder la validez de su estudio, donde quedan descritas de manera clara y precisa las estructuras políticas de México. En este sentido, *Mexican Government in Transition* es aún un libro que no ha perdido actualidad.

Pablo González Casanova, en 1965, termina *La Democracia en México*, donde por vez primera se da una contestación a la literatura política hasta aquí examinada. Conocedor tanto por el estudio como por la experiencia directa de la realidad de México, establece un corte entre ésta y sus pretendidas expresiones formales, con frecuencia legales. Frente a las estructuras de poder coloca los factores del mismo —caudillos y caciques, ejército, clero y empresarios nacionales y extranjeros. El no incluir al partido revolucionario y a los sindicatos dentro de estos factores resulta difícil de defender, pero se ajusta perfectamente a su modelo, centrado en las consecuencias negativas del desarrollo económico y su desajuste con el desarrollo político. El marginalismo y el colonialismo interno, resultado ambos del desarrollismo autoritario, introducen tensiones insoportables para el sistema, que por los resultados obtenidos de un análisis marxista (basado más en el Che Guevara que en Marx) y de uno sociológico (apoyado casi exclusivamente en S. Martin Lipset) Pablo González Casanova no cree que pueda durar mucho tiempo. Importante desde luego es el haber sabido utilizar los paupérrimos datos electorales para mostrar lo absurdo de la lucha a través de las urnas, y también el haber abierto el camino para los estudios sobre la dependencia, señalar la relación estructural que media entre el subdesarrollo mexicano y la hegemonía norteamericana.

La literatura aparecida en los años precedentes permite a L. Vincent Padgett intentar una primera síntesis en torno a su trabajo de investigación sobre la política en Tlaxcala. Aunque *The Mexican Political System* (1966) peca a veces de extrapolaciones —lo que sucede en Tlaxcala y Puebla no puede generalizarse a la República entera—, esta obra tiene la claridad de los trabajos funcionalistas. Dedicado a dilucidar las bases de la estabilidad política, las descubre en el proceso de socialización, en las funciones cumplidas por las organizaciones políticas (partidos y organizaciones de clase) y en la estructura del Estado. Como buen funcionalista ve en el juego de estos dos últimos factores —organizaciones políticas y Estado— el origen de las decisiones políticas ejemplificadas a través de las medidas que atañen a la política obrera, a la agraria y a la de industrialización, para él identificada con la modernización. Muy útil para conocer el funcionamiento sindical (agregación de intereses, transmisión, solución de conflictos), Padgett se detiene en los aspectos donde el sistema político funciona y pasa como sobre ascuas donde los desajustes originan disfunciones como la marginalidad.

Robert L. Shafer, *Mexico, Mutual Adjustment Planning* (1966) viene a aportar el punto de vista de un historiador de la economía. Partiendo

del estudio de los incesantes esfuerzos planificadores de los gobiernos mexicanos y de las resistencias de los grupos empresariales privados a entrar en los moldes gubernamentales, encuentra en los resultados finales de esta confrontación permanente una política que refleja, por vías misteriosas, la simbiosis final de gobierno e iniciativa privada. Su gran aportación queda en parte resumida en los conflictos originados por las rivalidades entre los diferentes sectores del gobierno (lucha entre las Secretarías de Estado, Banco de México, etc.) que invalidan con frecuencia decisiones importantes. Ajeno a los modelos formales, se acerca a las políticas de facto y casuísticas dominantes en México. Tratándose pues de un modelo eficiente y no formal, *sui generis*, no resulta pues aplicable fuera de la experiencia histórica de México. Los dos últimos libros reflejo del optimismo posrevolucionario son la obra de James W. Wilkie *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change* (1967), quien va a usar una nueva metodología al utilizar indicadores cuantificados, de los cuales el más importante resulta ser el gasto federal, dividido en tres grandes categorías —gasto económico, gasto administrativo y gasto social. La disminución de los gastos administrativos y el aumento de los gastos sociales le lleva a suponer una serie de éxitos de la Revolución mexicana, corroborados por un muy discutible índice de pobreza. La tesis sólo hubiera quedado confirmada de manera segura de haberse comparado estos indicadores con los de países en situación de desarrollo análoga pero sin Revolución mexicana. Las comparaciones de las políticas económicas de los gobiernos revolucionarios y posrevolucionarios sin tener presentes las coyunturas históricas en las que actuaron, invalidan en gran parte su tesis central, quedando de todos modos en pie la originalidad de su método de investigación. La segunda obra que viene a cerrar este ciclo es la de Charles C. Cumberland: *Mexico, The Struggle for Modernity* (1968) donde el hilo conductor es el estudio de la formación de la nacionalidad mexicana, cosa que, a su modo de ver, se logra con la Revolución, paso necesario hacia la modernidad. Ofrece la ventaja de ser una síntesis apretada alrededor de la formación de la conciencia nacional, con una bien distribuida dosificación de los elementos sintetizados (economía, estructura social, instituciones políticas).

Los conflictos nacionales de 1968 actúan sobre los historiadores y politólogos, economistas y sociólogos mexicanos como un revulsivo. Dos puntos merecen destacarse: uno, la aparición de una amplia serie de ensayos sobre México y su sistema político escritos por mexicanos; dos, la desaparición del optimismo y su sustitución por posturas abiertamente críticas, que van a poner en duda incluso la validez de la Revolución mexicana y, sobre todo, en sus consecuencias —aunque se terminará por poner en duda la validez de sus propósitos originales. Hasta entonces sólo los ensayos de Cosío Villegas, Silva Herzog y Octavio Paz entre otros, junto con *La Democracia en México* de González Casanova, se habían mostrado reticentes frente a lo que se consideraba una forma perfecta o casi per-

fecta del desarrollo económico, con ligeras distorsiones inevitables reflejadas en el desarrollo político.

A principios de 1970 *Posdata* de Octavio Paz se enfrenta a las consecuencias del desarrollo desde un ángulo abiertamente crítico. El Estado, creador de la nueva clase dominante, ya no puede refrenar a los grupos creados por él. Desde el aislamiento donde ha vivido le resulta imposible solicitar el apoyo popular, pues las capas populares de la nación han sido las víctimas no sólo del desarrollo económico sino también del político. La solución de continuidad que aparece entre el Estado y su aparato de gobierno (la burocracia y el PRI) por un lado y la mayoría de la nación por el otro, es insalvable. Esto queda reflejado en el Tlatoani, el emperador azteca transfigurado en el Presidente, quien conserva el aura, la distancia y la soledad del primero. La solidez de las instituciones represivas impide la revolución, y por ello se plantea la necesidad de una solución democrática capaz de enfrentarse con los problemas internos y externos de México y resolverlos en un plano nacional, pues en caso de no llegarse a una democracia auténtica, la inmovilidad del sistema conducirá ya sea a la anarquía, ya a la dictadura. En este mismo plano —mitad analítico, mitad normativo— se manifiestan las experiencias de Manuel Moreno Sánchez, autor de la *Crisis política de México*, quien por venir del mundo político tiene un conocimiento directo del autoritarismo, y por fuerza centralismo, del sistema político mexicano y de su cauda de insatisfacciones. El centralismo, si en un principio ayudó al desarrollo, se ha convertido en un obstáculo. El misterio que rodea a la designación del Presidente sigue completo en el libro de Moreno Sánchez, pero por él se conoce por primera vez, “el arte de hacer gobernadores” y la organización de las auscultaciones que preceden a estos nombramientos, así como el manejo de las convenciones. La parte normativa de la obra reside en su deseo de ver instalado un régimen pluripartidista, participatorio y democrático capaz de remover los obstáculos que se originan en el camino del desarrollo.

Roger D. Hansen, *The Politics of Mexican Development* (1971) (hay traducción española), es el primer investigador norteamericano que se pregunta por los reales beneficiados del innegable “milagro” mexicano —el brutal crecimiento económico de dos décadas. Partiendo de una síntesis de la literatura económica publicada, desemboca en la aplicación a México del modelo de sistemas políticos y de legitimación creado por D. Easton. El apoyo recibido por el sistema político mexicano, resultado de un indiscutible beneficio de las masas, quienes, sólo reciben una parte muy pequeña, es más bien consecuencia de la invención de un aparato de dominación extraordinario. Como la mayoría de los investigadores norteamericanos, su análisis se asienta en la psicología del mexicano —para él casi siempre el mestizo— en vez de utilizar categorías de mayor poder explicativo como los grupos, estratos o clases sociales. Las muy discutibles tesis de Almond y Verba sobre la cultura política de México son igualmente aceptadas sin la menor crítica. Pero, pese a sus defectos, se separa

del optimismo acrítico e introduce un enfoque más severo del sistema engendrado con la Revolución, que ha sido origen de las desigualdades sociales más escandalosas.

A través de dos conceptos extraídos de la psicología, los de *imagen* e *imago*, Antonio Delhumeau y sus colaboradores intentan, con sorprendentes resultados, un análisis de la ideología de los partidos políticos expresada por sus programas. En *México: realidad política de sus partidos* (1970) se aplican por vez primera las técnicas modernas de análisis de contenido a los cuatro partidos "constitucionales" de México, para explicar la naturaleza de las etapas vividas por cada una de estas organizaciones políticas y las razones que motivan el paso de una a otra. Una obra útil para adentrarse en los conflictos entre las fracciones del partido dominante es *Mexican Democracy: A Critical View* (1971) de Kenneth F. Johnson, cuyas ansias de investigación de campo le costó el que le aplicaran, en 1973, el artículo 33 constitucional. Obra de escaso valor científico, plagada de errores históricos, con frecuencia anecdótica, aporta sin embargo la noción de "estrella de poder" —derivada de la de "estrella social" de J. L. Moreno— que le sirve para estudiar los conflictos internos del sistema político y la formación de las *cliques*.

Un profesor universitario, Francisco López Cámara, se adhiere a las inquietudes manifestadas en varias ocasiones por la parte más ilustrada del personal político y les busca una respuesta en *El desafío de la clase media* (1971). Partiendo de los movimientos estudiantiles de 1966, 1968 y 1971 se muestra sorprendido por la falta de previsión tanto de quienes han estudiado estos grupos como de los que habían decidido la política nacional. La explicación la encuentra en la falta de una política explícita —sólo tardíamente la creación de la CNOP trata de remediar esta ausencia—, pero el hecho de haber sido esta clase la favorecida por la Revolución de 1910 le permite comprender la confianza del régimen revolucionario en ella. Frente al declinar de las oportunidades de promoción social, propone revitalizar las vías de ascenso, específicamente a través de las reformas urbana, educativa y fiscal, capaces todavía de mantener vigente el sistema para el bipartidista (PRI-PAN) de México. Estos pasos serían los primeros de la apertura exigida por Francisco López Cámara. Finalmente en 1972 apareció *El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio* de Daniel Cosío Villegas, donde se ordenan y sintetizan sus preocupaciones políticas. Al estudiar el desarrollo político de México —sólo le concede una preocupación secundaria al desarrollo económico— se topa con el bloqueo actual del sistema político y de manera muy especial con la falta de capacidad del partido para movilizar a una nación que ha sido mantenida al margen de las decisiones que más le afectaban. Aunque las posibilidades de cambio son en verdad pequeñas, estas posibilidades, para Cosío Villegas, deben pasar por una reforma de las funciones del partido, eje central de sus investigaciones.

Ese mismo año, Arnaldo Córdova publicó *La formación del poder político en México*. Desde un punto de vista marxista intenta desentrañar

el origen del autoritarismo del Estado mexicano contemporáneo. Siguiendo en parte la tesis de la subida de las clases medias revolucionarias de 1910 y la usurpación de las demandas populares por estos grupos sociales, indica cómo la creación de un aparente Estado-árbitro no es sino la consolidación de la burguesía mexicana. Ésta se va a negar a cualquier movilización política para evitar los contragolpes sociales que suceden a cualquier reforma o desplazamiento del centro del poder. La burguesía, en un principio débil y dependiente del Estado, termina dominándolo para favorecer su propio desarrollo, reforzando el autoritarismo de las estructuras estatales. A diferencia del proceso histórico europeo, donde la forma del Estado deriva de la disposición de las fuerzas económicas, el proceso histórico mexicano está dominado, en primer lugar, por los conflictos políticos.

Centro de Estudios Internacionales, *La política exterior de México: realidad y perspectivas* (México: El Colegio de México, 1972). Ocho artículos sobre la política internacional contemporánea de México escritos por los profesores del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. En una primera parte se presentan los problemas generales derivados de la relación de dependencia entre México y su vecino del norte tanto como de la naturaleza de su sistema político para pasar después a examinar algunas situaciones específicas tales como la deuda externa, el comercio exterior, el derecho del mar, así como el impacto de la situación de país periférico en la percepción del mundo internacional en algunos sectores del público mexicano. Concluye con un examen de las posibilidades de acción abiertas a México en relación a sus problemas internacionales más ingentes. Se trata, en general, de un examen crítico de las opciones y decisiones tomadas por el gobierno mexicano en materia de política internacional en las tres últimas décadas.

Quienes se interesen en algunos aspectos particulares del funcionamiento del sistema político mexicano, pueden leer con gran provecho trabajos monográficos como los de Antonio Ugalde, *Power and Conflict in a Mexican Community* (1970); Olga Pellicer, *México y la Revolución Cubana* (1972), donde quedan expuestas algunas ideas indispensables para comprender la interrelación entre la política interna y la política exterior de México; Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México 1958-1959*; Richard R. Fagen y William S. Tuohy, *Politics and Privilege in a Mexico City* (1972), o el de David Ronfeld, *Atencingo* (1973), espléndido estudio de un problema ejidal. Manuel Moreno Sánchez, *México: 1968-1972, crisis y perspectiva* (1973); otro ensayo —en algunos pasajes francamente panfletario— donde se explica la marcha centralizadora del aparato político y burocrático de México desde 1929 hasta 1970. Abiertamente hostil a las instituciones políticas actuales y de manera muy especial al PRI.